

Cómo amar cuando no puedes amar

«Ha matado todo el amor que alguna vez sentí por él. Me siento muerta cuando estoy a su alrededor».

«Ya no siento nada por ella. Simplemente, no puedo amarla más».

Palabras tristes como estas tienen un aire de finalidad que suena como si no tuviera sentido escribir este capítulo. Si algo está muerto, simplemente no vuelve a la vida normalmente. ¿Pero puede revivirse algo muerto?

Los antiguos griegos y romanos concebían el amor sexual como un dios que disparaba flechas de pasión y, con ello, «abatía» a víctimas que no podían evitar enamorarse. Desde el siglo I a.C. en adelante, los romanos representaron a Cupido en pinturas y estatuas, realizando sus conquistas «invencibles». Si eras alcanzado por una de sus flechas, no podías evitarlo.

Los modernos todavía tendemos a pensar de la misma manera. Enamorarse es visto como algo tan irresistible como contraer un resfriado. La contraparte griega de Cupido era Eros, hijo de la diosa Venus. En el Helenismo, el amor sexual era un dios; ¿cómo podría un simple mortal oponerse a un mandato divino?

La misma idea impregna el pensamiento musulmán. Se requiere una modestia extrema de las mujeres musulmanas porque se asume que la vista de la forma de una mujer o de su cuerpo parcialmente descubierto excitará una pasión incontrolable en un hombre, lo cual, a su vez, será irresistible para la mujer. Es casi inconcebible que un hombre y una mujer que se encuentran solos no tengan relaciones sexuales. Como en la antigua Grecia o Roma, la pasión sexual es divina. Si Cupido te dispara, es inútil resistir. La elección o la voluntad de uno no tienen cabida en tal «amor». El corolario es que, así como no tienes control al enamorarte, tampoco tienes control al dejar de amar. Esa es la otra cara de la moneda de Cupido. Y ese es el principio secreto detrás de las rupturas matrimoniales. Pero, ¿es el «amor» de Cupido el amo dictador de nuestras almas, de modo que somos esclavos para cumplir sus órdenes, para amar o no amar?

La idea bíblica del amor es bastante diferente. La Biblia representa el amor como un principio. Puede ser deseado o controlado según el Espíritu Santo de Dios ilumine a quien cree en el Salvador. Cupido puede disparar su flecha en un intento de infatuar a alguien con un amor ilícito, uno que es un camino a la ruina, pero la Biblia enseña que podemos decir *No* a tales impulsos. Cupido también puede disparar su flecha después de que estés casado y hacerte pensar que estás perdidamente enamorado de alguien que no es tu esposo o esposa.

Los paganos piensan que tal infatuación es de origen divino y, por lo tanto, es razón suficiente para romper un matrimonio. Pero el verdadero cristiano se da cuenta de que puede elegir negar esta invitación a la infidelidad y superarla mediante el poder divino.

Dice el apóstol inspirado: «Porque la gracia de Dios que trae salvación se ha manifestado a todos los hombres. Ella nos enseña a decir ‘No’ a la impiedad y a las pasiones mundanas, y a vivir en este siglo sobria, justa y piadosamente, aguardando la esperanza bienaventurada y la manifestación gloriosa de nuestro gran Dios y Salvador Jesucristo, quien se dio a sí mismo por nosotros para redimirnos de toda iniquidad» (Tito 2:11-14, NIV).

¿Es esta una forma miserable de vivir, siempre diciendo «*No*» a la tentación? No, es la única forma feliz de vivir. No se te pide que aprietes los dientes y te fuerces de mala gana a decir *No* a las tentaciones de amor ilícito. En absoluto. La Biblia dice que la gracia de Dios (el poder divino que capacita) «nos enseña a decir ‘No’» a la tentación. No somos esclavos abyectos de la pasión. En Cristo somos hombres y mujeres libres con el poder de elección dado por Dios para permitirle controlar nuestras emociones e infatuaciones. Si podemos decir *No* a un amor ilícito, hemos obtenido una victoria sobre la tentación. No puedes imaginar lo feliz que serás al encontrarte liberado de una trampa que, al final, no habría sido más que el «pozo» para ti.

Si es posible decir *No* a un amor ilícito, ¿no es también posible decir *Sí* a un amor que sabes que es correcto y apropiado, tu deber dado por Dios de nutrir, pero que no sientes en este momento?

Dios no es como Cupido. Cuando prometes amar, honrar y cuidar a tu futuro cónyuge hasta que la muerte los separe, Dios quiere que ames a ese compañero de matrimonio y que seas feliz haciéndolo. Debe reconocerse, por supuesto, que tu cónyuge puede no cumplir su parte del trato, pero esto no te exime de cumplir la tuya. Si esto no fuera cierto, el plan de Dios con respecto al matrimonio estaría en declive.

Ahora, podemos reformular la pregunta de esta manera: ¿Es posible amar a un cónyuge testarudo al que sientes que no puedes amar?

Prácticamente todos los idiomas modernos tienen solo una palabra para el amor; sin embargo, el idioma griego utilizado en el Nuevo Testamento tenía tres palabras principales para él: *eros*, *philos* y *agape*. Eros era el equivalente griego de Cupido, el dios de la pasión, el «amor» que dependía de la belleza o la bondad de su objeto. Este es el equipo estándar con el que todos nacemos.

Los antiguos paganos asumían que *eros* era divino; pues era una emoción misteriosa que parecía barrer como un río en crecida sobre todos los obstáculos humanos. *Philos* es un nivel inferior de amor, más parecido al afecto, como el amor por la música o el arte.

Los apóstoles nunca dijeron que Dios es *eros*. Juan dice que Dios es *agape*. Véase (1 Juan 4:8). Este tipo de amor es un principio, no una pasión. Es libre y soberano, no depende de la bondad o belleza de su objeto. Por lo tanto, puede amar a las personas malas, incluso a las feas. «Ciertamente, apenas morirá alguno por un justo; con todo, pudiera ser que alguno osara morir por el bueno [esta sería la forma más alta de *eros*]. Pero Dios demuestra su amor [agape] para con nosotros, en que siendo aún pecadores, Cristo murió por nosotros... Porque... siendo enemigos, fuimos reconciliados con Dios por la muerte de su Hijo» (Romanos 5:6-10).

Mientras que el amor *eros* y *philos* dependen del valor de su objeto, *agape* es un amor que crea valor en su objeto. No tienes que limpiarte primero para saber que Dios te acepta. Su amor te recrea, te hace tan precioso como el Divino Don que fue entregado para tu redención.

El amor *eros* instintivamente quiere poseer. En contraste, *agape* es un amor que da en lugar de tomar o esperar. Así, nuestro amor humano busca el placer por sí mismo; mientras que *agape* quiere dar placer a otros. El amor humano busca una recompensa; *agape* está dispuesto a renunciar a la recompensa.

Agape es un amor que los humanos no podemos generar por nuestra cuenta. Es ajeno a nuestro planeta y debe ser importado. Este amor impresionante es la revelación suprema del carácter de Dios tal como se muestra en Cristo: «El amor [agape] es de Dios; y todo aquel que ama [con agape], es nacido de Dios, y conoce a Dios. El que no ama [con agape], no ha conocido a Dios; porque Dios es amor [agape]... En esto consiste el amor [agape]: no en que nosotros hayamos amado a Dios, sino en que él nos amó a nosotros, y envió a su Hijo en propiciación por nuestros pecados... Si nos amamos unos a otros [con agape], Dios permanece en nosotros, y su amor se ha perfeccionado en nosotros» (1 Juan 4:7-12).

Si un matrimonio se basa únicamente en el amor *eros*, es cautivo de los caprichosos designios de Cupido. A su mandato, dejas de amar tan fácilmente como te enamoraste. Pero el amor *agape* que Cristo da estabiliza nuestro amor humano. Leemos que el *agape* nunca deja de ser (Véase 1 Corintios 13:8), pero los naufragios que jalonan nuestras costas matrimoniales testifican sombríamente que nuestro amor humano sí falla.

Dios quiere que tu matrimonio sea feliz. El *agape* puede ser infundido en tu amor conyugal para hacerlo más grande de lo que es. Cuando el Señor manda: «Maridos, amad a vuestras mujeres» (Colosenses 3:19), la palabra utilizada es la forma verbal de *agape*. El amor de una esposa también debe ser enriquecido por el mismo amor celestial. Todo esto puede parecernos imposible, a menos que humildemente enfrentemos la realidad. Debemos permitir que el don sea importado de arriba. El apóstol amonesta: «Sed más bien amables unos con otros, misericordiosos, perdonándoos unos a otros, como también Dios os perdonó a vosotros en Cristo. Sed, pues, imitadores de Dios como hijos amados; y andad en amor [agape], como también Cristo nos amó, y se entregó a sí mismo por nosotros» (Efesios 4:31, 32; 5:1, 2). El *cómo* está en esa frase: «como también Cristo nos amó». Apreciar Su amor significa que vemos que estaríamos en nuestras tumbas

si Él no hubiera muerto por nosotros. Debemos incluso nuestra vida física a Su sacrificio por nosotros, lo entendamos o no, lo creamos o no. Todos estamos infinita y eternamente en deuda con un Salvador; incluso el sol brilla y las lluvias caen en virtud de Su sacrificio. Cada barra de pan está marcada con esa cruz, y cada manantial de agua la refleja. Esta es la lección enseñada por la Cena del Señor.

Ahora las cosas empiezan a suceder. Cuando percibimos, aunque sea un poco, nuestras propias debilidades y nuestra obstinación, cómo hemos experimentado esa gracia «como también Dios por causa de Cristo nos ha perdonado», inmediatamente encontramos que es infinitamente más fácil «ser... amables unos con otros, tiernos de corazón, perdonándonos unos a otros». Como un manantial del desierto que se ha secado pero que vuelve a brotar con sus aguas refrescantes después de una temporada de lluvias, así las emociones tiernas que se han secado hasta convertirse en polvo en alguna cámara misteriosa del corazón oscurecido comienzan a fluir de nuevo. Lo que una vez pensamos imposible para siempre se vislumbra como una realidad. El mandamiento de amar al cónyuge puede parecer tan imposible como mover el Monte Everest, pero cuando uno ve cómo Cristo nos ha amado, el milagro puede ocurrir.

Agape es un amor que está en armonía con la voluntad de Dios para nosotros y Su ley. Podemos decidir amar [*agape*] «en Cristo» por Su gracia. Esto se debe a que todo lo que es la voluntad de Dios es posible. Muchos matrimonios «muertos» pueden revivir cuando nos conectamos a esa Fuente última de amor genuino.

Pero, ¿puede el amor *agape* reactivar un amor sexual muerto y resolver sus misteriosos problemas? ¿Puede reactivarse la química?